BALCON



SUMARIO

BALCON: EL PARLAMENTO. — JULIO MEINVIELLE: ESPAÑA-ARGENTINA, SOLUCION DEL MUNDO. — JORGE ADOLFO MAZZINGHI: HOMENAJE A LEON BLOY. — MAXIMO ETCHECOPAR: HISTORIA PROXIMA. — HECTOR LLAMBIAS: LA ESENCIA DEL PROGRESO MODERNO. — SIMON BEAUREGARD: EL CASO REYES. — CLEMENTE ESPEJO: MIRILLA. — J. A. M.: UN GRAN ARTISTA. — SANSOYO: DIARIO DE UN BUZO. — FRANCISCO FORNIELES: DIBUJOS.

EL PARLAMENTO

Los primeros gestos y movimientos del Purlamento elegido a rala de la vuelta al régimen constitucional han dejado en el país una projunda impresión de desasotiego. Registranse en las cámaras reción constituidas los mismos sintomas alarmantes de decrepitud política que situieron—junto con otros tópicos—para justificar hace tres años ante el consenso público la ocupación militar de los comundos gubernativos.

Lo que acaso no se edivirtiera entonces con suficiente lucidez es que a la crisis universal de una determinada técnica de gobierno se agregaba entre nosotros esa crisis de la convivencia tantas veces señalada desde estas páginas y que es fruto de la vecancia operada en las clases rectoras de la comunidad. Subsistente y acentuada la incapacidad funcional para entenderse entre si que padecen los argentinos, ella tiene hoy, en un sistema que supone precisamente el máximo de convivencia, su expresión más cabal y su termómetro más cartes.

ada funcional para entennerse entre si que paaecen tos argenunos, ella tiene hoy, en un sistema que supone precisamente el máximo de convivencia, su expresión más cabal y su termámetro más certero.

Pero el espectáculo que ofrece el Parlamento no es solamente signo de una crisis social y política sino que por refracción se convierte en causa agravante de la misma. Sobre la institución parlamentaria refluye —es cierto— la decadencia general de los usos sociales que experimenta el país y acaso toda nuestra época. Pero a la vez su exhibición en un organismo público de tan difundida resonancia es causa ejemplar de aquella decadencia y contribuye en todo caso a apresurarla. La escuela de chocanteria, de intolerancia, de inferioridad intelectual hace rápidamente adeptos y su enseñanza se propaga como cáncer maligno por todo el organismo social.

No se alegren los que piensan que esta nueva demostración a posrenont de la crisis parlamentaria pueda traer agua a sus molinos ideológicos. Desde este punto de vista la opinión pública está perfectamente advertida de tiempo atras y no necesita que ninguna nueva experiencia le abra los ojos. En cambio, llevan todas las de perder las fuerzas que han asumido la misión de reordenar al pais conforme a módulos más dotados de vigencia que aquellos que regian con anterioridad al estallido revolucionario,

Los que percibimos desde el primer momento la necesidad del cambio, los que sentimos una inalienable solidaridad con su razón de ser más profunda, nos sentimos obligados a prevenir sobre las consecuencias irremediables de una perduración en el tono que va adquiriendo la labor parlamentaria. No nos interesa tanto—lo decimos francamente—la suerte de tal o cual rótulo, de tal o cual hombre, como el porvenir aun incierto de nuestra incipiente personalidad nacional, Esta última es lo que hay ante todo que salvar de cualquier posible naufragio.

Seria erróneo buscar una solución que ignorara las causas más profundas de la crisis. Seria errónea, por ejemplo, una apelación sentimental a la cordura cuando esta virtud es resultante necesaria de otras calidades insitas en los grupos humanos a los cuales va dirigida. En el caso de nuestro Congreso el remedio no parece estar dentro de él mismo. Radica mas bien en exaltar desde otro poder del Estado las aptitudes políticas que en aquél aparecen faltando con más premiosa ur-

He ahi la gran responsabilidad que recae en los momentos actuales sobre el presidente de la república. Tiene nuestro país lo que aún
podemos llamar la fortuna de poseer una arraigada tradición de ejecutivos fuertes. Ella otorga a la sola voluntad de un hombre un
plio margen de posibilidades para gobernar con decoro. Oponga éste desde su sede, a la verborragia, abroquelada discreción; a la chabacaneria, maneras; a la mala calidad humana, selección cuidadosa de valores; a la imprudencia, tino; a la baraúnda, silencio; al desorden y la
inoperancia; método y eficacia verdaderos. Entonces la crisis parlamentaria que hoy alarma a la opinión porque se la teme sintoma agudo de una enfermedad generalizada, habrá perdido mucho de su gravedad. Al Congreso quedarán dos alternativas: reformarse o perecer. En
ambos casos el país habrá salido ganando y se habrán salvado en lo
esencial los principios vitales que han de guiar la política argentina
como expresión, —que debe ser—, de una nueva y pujante conciencia
nacional.

BALCÓN.

ESPAÑA - ARGENTINA

Hemos visto en el artículo anterior que el actual Estado francés no ha logrado crear una forma de convincincia que pueda proponerse a los pueblos en crisis como intermedia entre el Estado católico que proclama la España de Franco y el Estado materialista y ateo de la Rusia de Statin. El intento, acariciado desde hace más de un siglio por el liberalismo católico, de encontrar un modo público de vida en que se conjuguen las exigencias de la Moral católica con las aspiraciones libertarias de la Modernidad ha fracasado. El Movimiento Republicano Popular no ha conseguido imponer una forma común de sociedad política en que comunistas, socialistas y católicos logren dar satisfacción a sus aspiraciones.

Pero a este nuestro planteo, se le ha formulado una objeción de máximo interés. La contraposición, se dice, que entre Francia y España resulta del artículo anterior, con una manifiesta subesti-mación de la influencia católica mación de la mituencia calorea de Francia, no se ajusta a la ver-dad, por cuanto establece la com-paración sobre el Estado-poder, cuando en verdad no es él sino un accidente en la vida de los pueblos, cuya profunda realidad debe buscarse más bien en su substancia social y cultural. La Francia catúlica, prosigue nuestro objetante, aún en su actual estado político, liberal y socialista, ha de estimarse superior a España, nación ru-tinaria, de escasa cultura, siempre expuesta a fosilizarse en estéril inmovilismo. Compárese si no el pujante pensamiento católico francés, el de nuestros días y el del siglo XIX, de irradiación universal, con el español, arcaico y repetidor, y se medirá la indiscutible superioridad del catolicismo francés. ¿Qué importa pues que en un caso sea católico el Estado-poder y que en el otro no lo sea si en el segundo ejerce una vigorosa irradiación que no tiene en el primero?

La vida de una nación surge de múltiples causas subordinadas

Sin entrar, por abora, a analizar el fondo mismo de la cuestión planteada, pareciera a primera vista, que habría que admitir al-guna superioridad de Francia católica sobre España, porque si ésta ha podido mantenerse en una estructura social - política más impermeable a las corrientes deletéreas del mundo moderno, ha sido a expensas de su vitalidad e influencia. Francia, en cambio, por mucho que haya sufrido en la in tegridad de su catolicismo por las infiltraciones modernas, ha ejercido vigoroso influjo sobre el pen-samiento católico universal. Figuras de la talla de de Maistre, de Bonald, Veuillot, Hello, Bloy y, aun en una línea secundaria y menos pura, Lacordaire y Montalembert, teólogos, filósofos y escritores de nombradia universal los ha tenido Francia en grado superior a España.

Creemos que esto se puede y se debe admitir. Pero ello no basta para resolver la cuestión presente, Porque la integridad de la vida católica de un pueblo no surge de una única causa sino de varias y complejas convenientemente subor-

dinadas. Y pueden producirse fa-llas graves por defección de una u otra de estas causas. Resulta harto claro que la mera profesión de Estado católico no es suficiente para asignar a un pueblo alto grado de cultura. Porque puede confesarse católico y llevar no obstante vida misera y despreciable. No adquiere un pueblo categoria de civilizado sólo de causas religiosas, sino también culturales, políticas y económicas. Causas económicas por la riqueza del suelo y la laboriosidad e industria de sus habitantes; causas políticas, por la eficacia de sus leyes e instituciones y sobre todo por el acierto de su clase dirigente, que aseguren la paz y fe-licidad de sus ciudadanos; causas culturales, por el afán en sús elementos representativos de superarse en el cultivo de todas las disciplinas que perfeccionan la inteligencia humana. Estas causas contribuyen directamente al bienestar del hombre en su vida del tiempo así como la vida religiosa mira di-rectamente a su bienestar eterno. La ciudad cristiana descansa en una y otras de estas causas cuya eficiencia ha de conjugarse en un todo orgánico, de suerte que la vida total humana en sus manifestaciones económicas, políticas y culturales sea religiosa, y la Religión, a su vez, esté servida por una fuerte, rica y radiante cultura huma-La civilización cristiana es una feliz conjugación de Religión y vida y, por el contrario, la causa prin-cipal de las desgracias de la socie-dad moderna, lo ha recordado el Pontifice reinante, pesa sobre los que han separado la religión de la vida y suprimido la religión de todos los campos de la actividad.

La vida católica de España y Francia

Pero se puede defeccionar en la causa de la civilización cristiana por un debilitamiento directo de la vida religiosa y también por un debilitamiento directo de los valores de cultura humana. ¿De qué vale para la civilización cristiana que un pueblo se conserve católi-co y que su Estado haga profesión do servicio público a la Santa Iglesi si descuida luego su perfeccionamiento económico, político y cultural, de donde va quedando en situación do atraso con respecto a otros pueblos de la tierra que con su superioridad acabarán por inyadirle, arrebatándole su misma vida religiosa? ¿Y no es ésta, por ven-tura, la situación en proporciones más o menos graves de casi todos los pueblos de lbero-América? Han menospreciado los valores de cultura y por alli se ha producido un desfallecimiento de su vida reli-

Salvadas las distancias, tal fué también la situación de España, después de su magnifico y esplendente Siglo de oro. No que, desde entonces, no cuente España con destacados valores en el campo de las ciencias y de las artes sino que ella no cuenta, porque ha perdido el impetu creador; se ha paraliza-

do su ardiente espíritu de empresa y, por miedo de perder lo propio, no ha sabido marchar al ritmo de la cultura universal. ¿Cómo podia mentener la iniciativa en la dirección de la cultura universal si le había vuelto las espaldas, casi totalmente?

Francia no ha incurrido en este desatino. Se ha abierto a las expresiones culturales modernas y ha dado de esta suerte a la verdad católica poder de penetración en el hombre moderno. La literatura francesa posterior a la Revolución ha sido instrumento prodigioso de apostolado católico, cuya influencia nos ha alcanzado a todos, en grado más o menos profundo, y nos ha salvado. Pero desgraciadamente Francia no ha sabido mantenerse indemne de la ilusión liberal, como la caracterizó el gran

Luis Veuillot. El católico francés corriente, el hombre de la calle, corriente, et que la vida pública llegó a creer que la vida pública llego a cree que impunemente al se puede entregal que nos respeten la libertad de profesar la religión en el recinto del templo. Aún mái en el les de la profesión de llegó a pensar que la profesión de llego a persona de llego a persona de les católica por parte del Estado importaba grave mengua a su eliimportana grandia preferir el réginen de libertad más amplia para todo de libertau mas ompus para todo y para todos a un regimen de pro-tección para la Verdad. Aquel apa-rente fracaso de los obispos de la Restauración en el siglo pasado (y Restauracion en ca agro pasago (y podríamos añadir de los obispos simpatizantes con el régimen de simpatzantes con el regimen de Vichy) y aquel aparente éxito de los católicos liberales y democráti-cos en las luchas civiles con el laicismo han creado en la mente del católico francés la convicción de







H O M E N A J E

Deja el Campeón la túnica morada En la verde razón de los olivos; Y hasta cumplir la empresa señalada Vive en el filo de sus adjetivos

El místico perfil de su tarea, Tiene la Cruz por cifra de alegría; Y la tierra inicial de Galilea Por unidad de toda geografía.

El suyo es el canfino imaginado, Para empeñar el último talento, En restituir al Cielo traicionado La cautelosa flor del pensamiento.

(Ved que su rebeldia se desploma Sobre un antiguo rumbo de obediencia, Y ofrece sus espacios de paloma, Al hondo vuelo de la Providencia.)

Un secreto designio de arrogancia, Le adorna el flanco, desde la cintura, Y hasta se planta en la mitad de Francia Como adalid de su literatura,

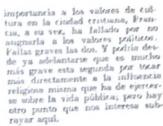
SOLUCION DEL MUNDO (III)

que se debe renunciar definitivaente a una politica cristiana y de que a lo sumo hay que contene con una política de cristianos.

Funesto error: Porque por este camino jumás se podrá llegar a una ciudad cristiana, ya que la politica constituye un elemento esen cial y principal en la vida del coal y principal en in vida dei hombre; y porque, a la postre, si no hay vida pública en Cristo, la habra contra Cristo, por aque-llo de "quien no está conmigo, es-aé contra Mí", y la vida pública laica y anticristiana irú, día a día, reduciendo el recinto privado de profesión católica hasta extermi-narlo. De aqui que frente al prodigioso despliegue del catolicismo francés contemporáneo tenga uno derecho a preguntarse con inquie-tud, ¿de qué vale este magnifico pensamiento católico francés de los

últimos veinte años si ha pactado con un error gravisimo, m nes formulado, cual es el de entregar al enemigo la substancia politica de la vida? Y a fe, y per fertuna que en este desgraciado error no han caido los grandes pensadores de Francia, un de Mais-ire, Veuilles Wallpemsadores de Francia, un de Mais-tre, Veuillot, Hello, Bloy y Claudel, Tampoco han caido sus grandes teólogos como el Cardenal Pie, Bi-llot y Garrigou-Lagrange. Pero los escritores y publicistas de la Fran-cia católica contemporánea, valién-dose del poderio cuantitativo que le ha acordado el número de mu dose del poderio cuantitativo que le ha acordado el número de sus escritores y de los medios publi-citarios, han impuesto esta funes-ta, mentalidad liberal. Sabido es cuan gran parte le cabe en esta triste tarea al filósofo Maritain. En consecuencia, si España ha

fallado por no asignar la debida



Estado-poder y Estado-seciedad

Habrá advertido el lector que en los artículos anteriores examinames los Estados y no precisamente las realidades sociales o culturales de los pueblos. Hay graves motivos para ello. Se funda el principal en para ello. Se funda el principal en que precisamente la crisis de la vida de los pueblos —crisis de convivencia— consiste en una crisis de su realidad social. Por efecto del liberalismo lo social ha sido destruido y el hombre se ha atomizado. El hombre no se une hoy socialmente con sus semejantes. Vive cialmente con sus semejantes. para sacar provecho de su prójimo. Esto que aparece claro en la economia, que aparece curo en la eco-nomia, que está toda ella estruc-turada aobre la base de un lucro, ganancia o ventaja que debe obtenerse en toda operación económica, aparece asimismo en las otras relaciones sociales en las que el hombre se mueve como necesitado a sacar ventaja sobre su prójimo. Se ha perdido la noción vital de que la vida en sociedad es un beneficio común, que beneficia reciprocamente a las partes sociales y que por tanto el hecho mismo de que una parte busque sacar ventaja de la otra implica la negación o destrucción de la realidad social. Examinado atentamente el hombre en su instintivo proceder social, no parece que sea excesiva la afirmación de que el tejido conjuntivo de la realidad social ha si-do destruido. Ní quiera replicarse a esto diciendo que importa una visión parcial y pesimista de los hechos ya que el pujante desarrollo cultural moderno demuestra que las expresiones ociosas y desinte-resadas de la vida mantienen un predominio, de lo social sobre lo individual, de lo contemplativo sobre lo activo. Porque ese presunto desarrollo cultural —a base exclusiva de observaciones más o menos veridicas cuando no es fruto de ideologias antojadizas y antihumanas — demuestra la desorientación, vacio y egoismo del hombre moderno y es indice claro de irremediable inadaptación social.

En la medida en que lo social desaparece, el Estado-poder ha de ir avanzando en su ingerencia sobre la sociedad. Se podria describir el proceso regresivo de lo social que discurre en forma interrumpida desde el Renacimiento de modo pa-ralelo al proceso progresivo que lleva el Estado. En el límite no habrá sociedad sobre la tierra y, en cambio, existirá un enorme Estado-poder que habrá devorado en sus entrañas todas las organizaciones y junturas sociales.

Hoy per hoy, tenemes fronte a nterarren este hechte rend e interar-presentie des sectiel en enmines det desaparirilen y et Vatudes perfec-chligades a accesso funcionana meglatrains de la serial, cara vez mayer tina sono de toden y de cada uno de los países de la terra. El facile estó allí y sólo él ron interesa. No discurrimen abora sobre las camas une la hace de la cama como las camas. que la hun determinado ni esta-

que to han determinado ni esta-bletemos juicio sobre su valor. Si el Estado, poder tiene boy fuerza tan decativa y si estamos es-tudiando qué tipo de vida han de adoptar los pueblos para no pere-cer en este trance crucial de su existencia, surge claro que es pro-blema fundamental y decisivo de-terminar cuál deba ser el signo bajo del cual coloque su existencia

el Estado-poder. Y alli està el valor de la maynifica lección de la Fapaña actual, rubricada por la sangre de sus mar-tires y hérces. Papaha ha advertiures y nerces. España he adverti-do que en este momento los pue-blos silo pueden salvarse si se sal-va su Estado-poder y ha advertido también que su Estado-poder no puede salvarse sino se constituye en católico. "En la crisis actual— ha dicho Verence en constitue ha dicho Franco en su magnifico discurso en la Apertura de las Car-tes (*)— que el mundo suire tiene una parte considerable el concepuna parte consideratae el concep-to materialista de la vida, que va arrastrando al universo a la más grande de las catástroles. Si la vi-da de las catástroles. Si la vida de los pueblos que provocaron da de los puenos que proviscos. la guerra y sus regimenes hubiera discurrido bajo los principios de una moral católica, no nos lamentariamos hoy de la catástrole que, ensangrentando el mundo, ha hundido a tantas naciones en la desesperación y en la miseria. Solamente el enunciado de que una nación es católica, de que su vida y su legislación discurren bajo los principios de la moral cristiana, constituye la más grande de las garantias para los actos políticos nacio-nales o internacionales que esa na-ción pueda llevar a cabo."

Influjo del Estado-poder sobre el Estado-sociedad

El Estado-sociedad es hoy débil y tiende a desaparecer; el Estadopoder, fuerte, tiende a consolidarse. Luego es decisivo que éste se constituya bajo un signo que lo haga benéfico al Estado-sociedad. Y no puede haber otro que el Es-

tado católico. Porque es gravisimo error que penetra inconscientemente en las mentes más fuertes el subestimar el poder del Estado. Tendemos a identificar Estado con el gobernante que preside los destinos de un pueblo. Pero el Estado es sobre todo su legislación. Y las leyes modelan la conducta de los ciudadanos, porque son regulaciones impuestas por la fuerza coercitiva inherente a toda ley civil. Toda regulación es reguladora -valga la tautología— de la conducta humana. A la larga, la ley hace al ciudadano y hace la vida humana. Asi lo comprendieron sagazmente los políticos que rodeaban a Enrique VIII y a Isabel de Inglaterra. Y esta gran nación se transformó en pocos años de isla de los sautos con que llenó de admiración a la







Qué extensa soledad, la que circunda Al diámetro vital de su alabanza! El Paraíso es la visión profunda Que habitan su dolor y su esperanza.

Y el alma generosa no limita La voz de sus potencias exaltadas, Que la dura garganta precipita En luminosa colección de espadas.

La sangre al fin, sin cántico ni orilla, Se multiplica en cálidos mensajes, Corriendo por la frente y la mejilla, Hasta el aliento de sus personajes.

Y aquel Campeón, de lágrimas lloradas Sobre el peregrinar de un limpio acento, Contempla sus palabras, transformadas En un jardin que inmoviliza al viento.

Asi recobra el Cielo, la fragante Flor que esperaba de su recia mano; Mientras la muerte de cualquier instante Pronuncia el nombre de su noble hermano.

JORGE ADOLFO MAZZINGHI

Edad media, en avanzada de la pirateria. Asi la comprenderra las ideólogos de la Bevolución Francesa y, en muestros dias, los tembles cordeos del communemo internacional. Solo los católeos liberales se hau dejado convener ingeniamente de que las convictuaies atraigan y se robustecen en proporción inversa al apoyo que reciben del Estado-poder. Y asi han creido que cuanto mayor fuere la prescindencia del Estado-poder, eno la oposición, frente a la verdad religiosa, más robustamente se deserrollaria esta.

Es claro de que el hecho de que sea error la subestimación del poderio del Estada sobre la vida de los pueblos no nos ha de llevar al error contrario de sostener que el poder del Estado lo puede todo y lo debe todo sin atender a la indole de las circunstancias. Pranco en su discurso advierte sabiamente que "toda política mira el bien general de sus individuos, sacrificando el egoismo y el interés particular al imperativo de un interés general

ral. Por ello, si se trata de un pue blo en an totalidad o can tidalidad católico, el hien general residirá en lo que os norte y fin de la vida católica. Mirará al hombra como portador de valores eternos, ya que su destino sobrenatural es toda la razón de su existencia, sin que de ello pudieran lesionarse los no cacuo panueran festidiarse toa na ca-tólicas, ya que los principios o una moral católica son yugo suave y llevadem para todos los mortales; si, por el contrario, se tratase de una nación con varias cardesiones y grandes sectores faicos, se comprenderia que el bien general se buscase en lo que es factor común a la gran mayoria de los naciona-les, pero sin cohibir en lo más mínimo la libertad de conciencia la práctica de su misión a la Igle-sia de Cristo, que, sin daño para nadie, sólo bienes reporta a la vida general de la nación. No serian, in embargo, las mismas normas de Gobierno que hubieran de adop-tarse en este caso que las que necesariamente han de presidir en las naciones católicas."

El actual Estado católico español

La España de Franco ha surgido remerada de su guerra civil y
ha comprendado, en lo hondo de
aus entrañas, que para vencer al
comunismo no basta afirmar su
catolicidad sino que es necesario
promover el flurecimiento de lormas económicas y culturales nuevas que den al Estado sentido de
plenitud. El Estado subordinado a
la Iglesia — realidad supranacional
y supratemporal— es promotor de
la plenitud de los valores humanos. Y España, acrecentada en su
fecundidad creadora, se apresta a
una vida total renovada. Magnificas sus experiencias sociales-ecomicas, a base de la más amplia
justicia social dentro de las directivas pontificias; magnifica la prodigiosa fecundidad de su pemsamiento como lo testimonian, entre
otros, las publicaciones del Instituto de Estudios Políticos de Madrid; magnifico sobre todo el espiritu de su juventud que ha comprendido que está en crisis el hom-

bre y que el bambre no se salva sino por su integración en bas

España se siente con destino histórico universal. Sabe que su acu. tud heroica frente al comunismo señala el nuevo tigno salvador del mundo. Pero España lusy se sien. te agrandada en la acción de sus hijos, las otras naciones, entre las cuales nuestra Argentina, se siente flamada a una empresa cultural común con el mundo hispano. Empresa cultural común, no para colocarse frente a Francia —que ya no tienen sentido las rivalidades localistas - sino al contrario para hermanarie con ella y con los otros pueblos en una acción todavia más común, en la gran causa de la extensión de los límites de la Cristiandad hasta los limites del Orbe,

JULIO MEINVIELLE,

(i) Ver el texto completo de este documento en el Suplemento de Batcóm,

HISTORIA PROXIMA

De los años de vida política argentina que median entre las dos revoluciones militares —la de Setiembre de 1930 y la de Junio de 1943— no cabría una interpretación satisfactoria si, para cumplir tal empeña, sólo se acudiese a explicaciones también políticas.

Para representarse en forma siquiera aproximada la realidad pública argentina durante el periodo indicado, hay que acudir a otro tipo de explicación que no al meramente político. Acaso a explicaciones psicológicas.

Quien acuda, por ejemplo, a la actuación, a los programas, a las preocupaciones de los partidos políticos que, incólumes en apariencia, sobreviven a la revolución del treinta, nada en limpio conseguirá sacar. El instrumental político vigente por esos años —oficialmento vigente— era incapaz ya de restrucción.

gistrar ninguna manifestación nueva de la vida argentina. Es que a partir de 1930 acontece en nuestra vida pública un desdoblamiento —que cada vez se irá tornando más agudo—, entre las manifesta-ciones políticas oficiales y la conciencia nacional considerada en conjunto, la cual sólo esporádica, desordenada y parcialmente conse-guirá, en adelante, expresarse. Aparentemente podría resultar contradictorio que tal agudización de la conciencia nacional viniese a producirse en circunstancias en que, como consecuencia de la desordenada presión de elementos inmigratorios recientes, la fisonomia propia del país aparecía más desdibujada. No obstante, como el hecho consignado es, a fuer de tal, incuestionable, no hay para explicarlo satisfactoriamente otro medio que el de reconocer en la Argentina la existencia anterior de enérgicos moldes nacionales. Sin duda alguna la nota más general de la pérdida de prestigio y efectivo mando de nuestras clases tradicionales, consiste sobre todo en su ineptitud para asumir y representar el sentido de lo nacional, que hoy alienta en mestra tierra.

Para todos es de fácil memoria que del fracaso político del seis de Setiembre, resultaron beneficiarios

Setiembre, resultaron beneficiarios los elementos del régimen -conservadores y antipersonalistas—, cuyo representante cabal fué el ge-neral Justo. Pero tal estado de cosas era sólo aparente, Por debajo de la superficie política visible, nada menos que una pérdida total de fe colectiva en las instituciones democráticas y en sus órganos de expresión, los partidos, tenia lugar. Además, los detentadores del go-bierno, aunque beneficiarios de hecho de la revolución de setiembre. se contaban entre los primeros incrédulos acerca de sus propios títulos democráticos. El fraude electoral, que por esos años es elevado a la categoría de único instrumento político valedero, ponía de manifiesto, en quienes lo consumaban, menos una actitud moral dolosa, que la incapacidad de gobiernos y gobernantes para atinar con la solución política nueva que el país reclamaba y que la misma ne-cesidad de acudir a elecciones fraudulentas no hacia sino subrayar. De ahí también que lo único po-sitivo del gobierno de Justo —y no es poca cosa— consistió en ajustar, en hacer eficaz, la marcha de lo que en el Estado es más mecánico, más impersonal: la buena administración. Sea dicho de paso, que si el actual gobierno no acierta a fortalecer los cimientos ya existentes de nuestra fábrica administrativa, y, por el contrario, contribuye a debilitarlos, tal posible desbarajuste, dará cuenta en poco tiempo del gobierno peronista,

Pero, además, otras cosas, y de

más hondo calado acontecian en el período señalado. En las nuevas generaciones primero, más tarde en todos los sectores nacionales, junto al desprestigio de la vieja politica, una nueva conciencia nacional -un nuevo sentido de lo argentino en su doble aspecto histórico y político— comienza a for-marse. De esa nueva conciencia, los grupos nacionalistas fueron la vanguardia. No fueron, pues, sino una parte, la más avanzada, la más visible, la más audaz, la más desinteresada también, pero parte al fin. Sea que la premura de los acontecimientos mismos viniese a impedir que el nacionalismo asentara sus aciertos de hecho en las bases firmes de una buena doctrina política, o bien porque en el intento de lograr esta última no atinó sino a paralizar sus propios hallazgos originales en rigidos esquemas ideológicos —que en política son lo contrario de una buena doctrina-, lo cierto es que del formidable movimiento de opinión nacional que se inicia con la revolución de setiembre, el nacionalismo sólo fué su intérprete fiel en los primeros años que siguen al treinta. Es ese su momento más original y más valioso. Es el momento en que le asiste la intuición segura de que -ideologías aparte- la quiebra, a ojos vista, de nuestro regimen democrático, debiase a causas más profundas que las meramente políticas, económicas o administrativas, debíase al desconocimiento en que muestra política estaba de la verdadera realidad social del país. Nada tan ajeno, en efecto, al punto de partida nacionalista como esos esquemas ideológicos en que todo el problema nacional se hace depender del imperialismo yanqui, de los capitales ingleses, o de los "pecados" de lo que ahora se ha dado en llamar oligarquía. Sin negar -porque ello es evidente- que esos hechos son parte del problema nacional, de ningún modo puede



aceptanos, como muchos pretenden, que ado en ellos tal problema vesido. Ninguno de esos enfoques paretales es, considerado aisladamente, verdadero, Además, ninguno de ellos es de pura cepa nacionalista. Más atu, si bien se mira, ban sido, esos esquemas, ideas parástas que solo la ausencia de visor untelectual, de que los argentinos adolecemos, ha permitido circular y adquirir personería independiente.

pendiente. Pere en todo caso tales deficiencias hacen al aspecto positivo del movimiento nacionalista, a lo que debió hacer y no hizo, no a lo que en el hubo de demoledora critica. En este último aspecto su éxito fué retundo. Y seria grave error creer que tal exito debiése a un puro afán negativista y destructor. Nada babria conseguido esa critica, de no ser la necesaria aunque ingrata expresión negativa do un hecho vivo y real: de la necesidad en que el pais estaba de desembaragarse de unas formas políticas que no expresaban ya su voluntad de no expression nacional. Además, conviene recordar que no obstante la caducidad efectiva —la caducidad en la conciencia popular— de las instituciones oficialmente en vigor, no por ello desapareció el andamiaje, el instrumental democrático, Por el contrario todo semejaba contimar como siempre. Los Diarios, el Parlamento, los Partidos, la Universidad, seguian, empecinadamente, repitiendo la cantinela anacrónica. El armatoste democrático no servia ya para nada pero contimaba absurdamente en pie, como un gran barco encallado en la soledad de la costa. Es que la Nave del Estado, como las que surcan el mar de agua, suele también estar, en su histórica navegación, sujeta a análogos riesgos. Es lo que no entienden los que juzgan eterna a la Democracia. Así se explica además que la labor nacionalista tan huérfana de recursos materiales frente a los sin número de sus adversarios (alguna vez habrá que escribir la historia de la hidalga pobreza nacionalista) — tuviese que reunir y consumir sus energías en una empresa política de demolición, en una tarea, en gran parte, negativa. Pero insistimos, a la par del desprestigio del régimen democrático un resurgimiento del espiritu nacional, un resurgimiento espontáneo, de hecho, tenía lugar. De ahi que cuando el 4 de Junio de 1943, los militares mediante un débil tincazo echaron por tierra al gobierno conservador, el régimen considerado en su totalidad, estaba ya maduro para la muerte. Y, obsérvese bien, si tres años más tarde las fuerzas democráticas semejaron renacidas, ello se debió a los errores sin número, a las vacilaciones sin cuenta, a la inanidad politica del gobierno militar. Demasiado próximas están sus actuaciones para que sea necesario ahora abundar en ejemplos. Mas lo curioso es que, sin embargo de esas vacilaciones y torpezas, bastó que

en su ciega marcha surgiese un hombre dotado de instinto psicológico, para que jen elecciones libres! salvase al movimiento de Junio del más seguro de los fracasos, ¡Hasta tal punto la vieja fe democrática habiase desvanecido!

Pero, como podrá ya colegirse, el país, el problema nacional del país, el problema nacional del país, sigue sin solución positiva. Hasta altera de positivo no existen sino los hechos crudos: una situación internacional inmejorable, un bienestar económico efensivo, un horizonte político bastante despejado. Sería insensato, sería de una fivolidad suicida, creer que lo acontecido hasta ahora es ya signo de un nuevo estado de cosas. Es demasiado obxio que para derribar a un régimen gastado y enfermo, que no atinaba con su propia curación, era suficiente poner el dedo en una cualquiera de sus

llagas. En la llaga, por ejemplo, de las reformas obreras y sociales. Pe-ro si tal cosa bastó a dar el golpe de gracia al regimen, de mingun modo indica que se haya dado con la solución de nuestros problemas más urgentes. Nada tan peligroso, a fuer de equivocado, como creer que de la caida del regimen va a surgir, sin mis, uno mievo. Las democracias no tienen sucesores necesarios. Cuando se derrumban es porque han agotado todas sus fuerzas. Les està —asi lo quisieron-vedado lo de el Rey ha muerto ;ripa el Rey! Cuando, per la causa que fuere, en una democracia el or-den establecido hace crisis, no queda otro remedio que el muy impopular, el nada demagógico, de instaurar uno nuevo.

Tal es la actual situación argentina. Ni de recuperación económica, ni de justicia social, se trata en premer término. De lo que primero se trata es de la creacum de unas nuevas forzons politicas, en las que entre patifica, ardenaamente la convivencia nacional De no ser asi, mis que legitima será preguntarse si antes prender la liquidacion del Regimen no limbiose sado más cuerrio esperar, tener patientia mientras la guerra mundial se consuma en sus fuegos, turar, ir tiranda. Y. clare es, esa pregunta no se originario en ima viga y vana nostalgia del pasado inmediato, sino en la nen-tal evidencia del fracuso o que la revolución de Jumo habre de conducirnos si los acuades pobernartes argentinos no aciertan con la ingente, patriética —nada dema-gérica— tarea que la realidad descrita impone.

MAXIMO ETCHRICIPAL

LA ESENCIA DEL PROGRESO MODERNO

H

Para desentrañar la esencia del progreso se puede orientar la investigación, ya hacia los hechos progresistas de la edad moderna, ya hacia las ideas históricas que tienden a interpretar, promover o justificar la tendencia progresista de los hechos.

Las ideas históricas a que nos referimos no son conceptos propiamente dichos, en su elaboración
psicológica, o en su valor objetivo
dentro de la estructura lógica del
juicio o del razonamiento. Mas
bien pensamos aqui las ideas como corrientes históricas, como prejuicios dominantes, como creencias (1), como mitos, en fin como
expresión ideológica del espíritu
del tiempo —Zeigeist-Spengler—
dicho sea sin admitir el relativismo histórico ni el panteísmo que
suele adscribirse a esta terminologia.

Uno de los problemas más interesantes que se le presentan al que intenta una reflexión sobre tales ideas es el que resulta de las relaciones entre las ideas y los hechos, es decir, entre las ideas como hechos y los hechos históricos que no son ideas. Cabe preguntarse en qué medida las ideas en cuanto comportan prejuicios, preocupaciones, proyectos, intenciones, determinan los hechos sociales, costumbres, acciones, tendencias, en política, economía, técnica, arte, ciencia, vida; y, de la otra parte, cómo la masa de hechos históricos —sociales, con su estructura y su complejidad tipicas, determinan a su vez, asi sea condicionando, la formación y ma-nifestación de las ideas.

Se ha solido unilaterar con exceso diverso y contrario la solución de este problema. El racionalismo sólo vió las ideas como diseño geométrico de la razón pura y a tales abstracciones las hipostasió como causas prinnordiales del desarrollo histórico. El materialismo dialéctico, según es notorio, cae por el lado contrario; reduce toda la vida del pensamiento al momento ideológico social al que resuelve por

último en los hechos sociales de la actividad económica. Aqui, la causa metafísica, la sustancia del devenir, no son ya las ideas sino los modos colectivos de la producción de bienes materiales.

Mostramos la oposición radical del racionalismo idealista y del materialismo disaléctico para proporcionar una nitida oposición extrema, pero eludimos la conciliación de estos contrarios y su mutua reducción al absurdo por ser extraña la consideración metafísica a las presentes reflexiones.

Baste sólo decir que hay tercero posible entre estos contrarios: puede ocurrir en efecto que idoas y hechos coetáneos se influyan reciprocamente apareciendo entonces como manifestaciones comunes, coordinadas, de una cuasi sustancialidad del devenir histórico, cierta alma colectiva (Herder) cierto constitutivo morfológico de las culturas (Spengler).

Claro está que, en tal casa, si se quiere evitar el relativismo histórico, es necesario mantener can rigor la distinción entre las ideas históricas, creencias, o mitos, que son expresión más o memos ramad del espiritu del tiempo, de las ideas o conceptos estrictamente intelectuales, aprehensivas de la replidad objetiva, elaboradas por pensadores auténticas, revestidas de terminologia propia, con mayor a menor integración sistemática.

Esta distinción es hace indispensable porque si todas las niens inesen históricos, tambiém la serian aquellas mediante las cuales pensamos las ideas históricas, es decir las que son manifestación del devenir, y no se ve cómo eludir entonces el escepticismo que se implica en ese relativismo. Es mecesario que, mediante ideas, logremos aprehender algo objetiva, asencial y en cierto modo eterno para que podamos incluso entender la evolución



histórica, ese paso del ser potencial al ser actual. Y, contra lo que de-seábamos, el espontáneo discurso nos hà llevado a rozar al menos la cuestión metafísica implicada en el pensamiento histórico.

Pero distinguir no es separar, y abstraer no es mentir, a condición de que lo abstracto se considere reflexivamente como tal abstracto, es decir, con necesaria re-lación implícita a lo concreto de que la abstracción procede.

La distinción entre ideas históricas o ideas mito, y las ideas concepto, muestra, desde otro punto de vista la acción respectiva de lo individual y de lo social en la historia del pensamiento.

En efecto, las primeras no son producto inmediato de la inteligencia personal. Son más bien complejos psicosociológicos en que, con frecuencia, imágenes comunes, términos, estructuras terminológicas, y todo el cortejo de imágenes más o menos emotivas, así como ciertas fundamentaciones (dialécticas en fundamentaciones el sentido aristotélico de opiniones o argumentos probables) se enlazan y asocian en virtud de afinidades vitales sin que intervenga suficientemente el rigor especial de la ra-

Tales ideas se enlazan, desenvuelven, crecen, complican y simplifican, se identifican y contrapo-nen, sujetas a una dialectica histó-rica y no a las leyes propias del pensamiento como tal.

Alguien puede creer, quizás, con-veniente el empleo para unas y otras ideas, de una terminología absolutamente diversa, a fin de evitar toda posible confusión. Sin embar-go, el hecho de que en realidad se trate de dos momentos distintos, de un mismo devenir, mueve a conservar en los términos cierta equivocidad aparente e intencionada.

En efecto, unas y otras ideas corresponden a los dos aspectos de la realidad humana, individual en sí pero también social-histórica por naturaleza. Ortega ha dicho con una de sus paradojas, que recono-cemos exenta de toda intención sofística "que el hombre no tiene naturaleza sino que tiene... historia". Con gran reverencia para el pensador español preferimos mantener la exactitud antigua de los términos técnicos, y decimos que el hombre es histórico por naturaleza.

Las ideas-concepto, en cuanto representaciones intelectuales del orden real-objetivo, pueden ser vistas en su propia inteligibilidad, pres-cindiendo del pensar concreto del sujeto cognoscente que las vivió en su origen, o del que las re-crea y asimila; pueden también ser consideradas como elementos de la estructura lógica que integran; pueden por último ser estudiadas como instancias de un pensamiento vivido en el pensador que les diera origen. Desde este punto de vista, aquí ya comienza la entrañable relación de las ideas personales con las *ideas* históricas, y esta consideración, actualísima, para intentar una crítica de la razón histórica que salte por sobre el foso relativistà, implica la indagación de las relaciones entre la acción personal y la gravitación histórica de lo social en la vida del pensamiento.

Cuando decimos, pues, una vez más, entre tantos, que el hombre es social e histórico, no queremos decir que, además de ser individuo, es miembró de un cuerpo social; que además de su ser actual, tiene o contiene ser pasado. No; entendemos que el hombre concreto es en sí mísmo social e histórico; que en cierto modo, lo social constituye a lo personal, en cuanto la esencia humana aunque dada siempre en una persona singular, comienza su existir, con respecto a la vida racional que la especifica, en un estado de pura potencialidad, y no se desarrolla hasta alcanzar su bien, su plenitud y su perfección, más que por la intervención del ser en acto, que le es dado en lo social-histórico que condiciona su existencia singular.

La verdad es que el hombre, individual en su raíz ontológica, está destinado necesariamente (con doble necesidad: física, es decir psicológica, y moral) a desplegar socialmente sus potencias. Es, pues, individual y social juntamente y naturalmente, contrá toda hipótesis contractualista, aunque pueda cierta-mente contratar, al menos implícitamente, muchas formas de sociedad.

Pero, no llega a ser lo que debe ser, cuya raíz se hunde en su mismo ser, sino en la existencia social: pero reciprocamente no puede ser social, sin serlo desde la raíz personal de su existencia. El individuo humano, en su pura individualidad,

así como lo social humano son términos de abstracción formal que no aprehenden realidades materialmente diversas ni físicamente separables.

No se es individuo, humano, sino de una colectividad; no hay colectividad humana que no sea un sistema (infinitamente complejo) de relaciones reales interindividuales. No es lícito sustantivar propiamente lo colectivo; pero tampoco tiene validez concebir al hombre en su personal consistencia, despojado de las relaciones reales que lo hacen ser social por naturaleza.

Al respecto, las investigaciones psicológicas y sociológicas contemporáneas vienen a ratificar las geniales anticipaciones de Aristóteles en su Etica y en su Política.

A la luz de estas determinaciones en correlación con esta antropología se debe enfocar el problema de las acciones recíprocas de lo individual y lo social en la vida intelectual.

Todo pensador, por genial que sea, es necesariamente histórico, en la medida en que es social por naturaleza. La realidad que se le presenta, su problemática (Ortega-Pico) participa también de la historicidad. (3) Kant, por ejemplo, con todo su genio, haciendo de Rousseau el Newton del mundo moral, se revela-frente a los problemas de la filosofía práctica y de la historia, como un apasiona-

siglo (en la que cabría investigar la parte superficial de ella que se rinde a la moda) no deja de alimentar en alguna medida siempre la vida del pensamiento. La situación en que se instala (Zubiri) circunscribe su problemática y ciñe el número de posibilidades en que hallará la solución.

do secuaz de la Ilustración cuyo

La atmósfera intelectual de su

desarrollo culmina.

Claro está que a su vez la situación histórica dada se configura por las influencias remotas y pro-fundas de personas capaces de fundar instituciones perdurables (4).

La personalidad egregia gravita sobre la historia de dos maneras principales: primero, como órgano social del sentido profundo (más allá de las modas intelectuales que son más fácilmente visibles) de su propio tiempo; y en este orden de cosas su acción en cierto modo se extiende paradojalmente al pasado mismo, en cuanto modifica por su intervención lo que en su tiempo es efecto intenso de causas re-motas. Segundo, como individuo genial en cuanto *libremente* plantea los problemas y halla las solu-ciones que sólo él, o algún semejante, sería capaz de revelar. Aquí está el lugar de la originalidad incomparable, tan contraria a toda moda y a toda corriente intelectual dada, aquí el lugar de las grandes agonías de los protagonistas, aquí las reacciones geniales que se producen hasta en los tiempos más arremansados por la tradición (5). En este otro sentido la acción especiamente histórica (memorable) se prolonga en el futuro.

Un Aristóteles, figura impar de la Filosofía universal, como órgano social-histórico de toda la cultura helénica en hora de madurez y acabamiento, resume siglos de elaboración v da sentido final a todos los precursores, al par -que, reaccionando poderosamente res-pecto del pasado inmediato (la doc-trina de las ideas) llena todos los siglos con su influencia realista. Nunca se indicará con demasiada fuerza la recíproca dependencia entre el genio individual y la solidez orgánica de la estructura social; nunca se dirá demasiado sobre la socialidad fundamental de los más originales espíritus. La antinomia persona-sociedad revela cómo las síntesis vitales resultan de difíciles y prodigioses equilibrios internos que superan graves tensiones. Es necesario y conveniente que lo social plasme vigorosamente la personalidad singular para que ésta pueda afirmarse, en posición y contraposición, hasta dar a lo social futuro el impulso de renovación que lo conserva y lo mejora.

Lo social vive de las excelencias personales que fueron. Lo personal impar y excelente, a su vez, vive de lo social que lo enriquece y al par lo sacrifica.

${ m U~N}$ GRAN ARTISTA

No sería acertado hablar de las posibilidades técnicas de Alejandro Brailowsky, sin adelantar que la mayor virtud de sus manos, consiste en abrirnos el alma de un gran artista.

Su expresión musical, nos deja entrever un más allá que el piano parece incapaz de revelar. Y no creemos pecar de exagerados, afirmando que gracias a él, es fácil penetrar en el espíritu de los grandes maestros, cuya interpretación aborda, sin que se atenúe para nada, la ley superior que inspiró sus creaciones.

Por momentos insinúa una transparencia juvenil, que puede ser alegre, y otras veces sabe acentuar con firmeza los rasgos de una angustia madura.

Sabido es que el nombre de Alejandro Brailowsky, se halla iden-tificado con el de Federico Chopin, merced a su asombrosa compenetración con la elegante melancolía v el ímpetu ardoroso del compositor polaco, que vive en quienes lo escuchamos, como una palpable realidad.

En viajes anteriores, y en la misma sala del Teatro Colón, Brailowsky ejecutó más de una vez el "Ciclo Chopin", razón por la cual, un sector de nuestro público, se cree o se creía autorizado para medir al pianista con la vara exclusiva de esa música.

Pero los programas de los conciertos ofrecidos en los últimos días, acallan esa pretensión, al integrarse con obras de diversos orígenes. Los compositores de las épocas y las latitudes más lejanas. reúnen milagrosamente alrededor de su piano. Y desaparecen las distancias entre autores y público.

Es que en Alejandro Brailowsky, encontramos a un artista comuni-cativo y afable, que impone a sus conciertos un clima alternado por la emoción y la cordialidad.

Los rusos (Rachmaninoff, Prokofiev, Scriabin, Liapounov) quieren en su versión un cálido acento, en que se perciben matices nacionales, traducidos a la inteligencia clásica, por un músico que la conoce ampliamente, como lo demuestra, por ejemplo, su in-terpretación de Bach. O su profunda comprensión de Beethoven.

El ademán brillante de Liszt, se enaltece en la técnica de Brailowsky. Esa técnica pulida y sutil, que él no se complace en destacar, porque va derechamente en procura de la verdad y la belleza, que están por encima de todo mecanismo, así como el fin está por enci-ma de los medios.

En definitiva, no cabe duda de que Brailowsky cumple maravillo-samente su delicada misión. Y la sencillez con que lo hace, convier-te en verdadero placer el brindar-le el aplauso caluroso y espontáneo que merece.

J. A. M.

La investigación de la esencia del progreso moderno, distinguiendo las ideas y los hechos progresistas y con respecto a las ideas, dis-tinguiendo la idea —mito del progreso, de las ideas del progreso en

la historia como se han dado en la especulación de grandes pensadores puede servir para ejemplificar lo antes dicho y para llegar, a partir de ese análisis, a determinar una Filosofía de la Historia que otorgue a ésta como devenir de lo social todo su valor, sin olvidar empero que la verdad objetiva a que aspira ineludiblemente la ocupación filosófica es un valor que trasciende a toda historicidad.

Siempre la eternidad esencial de las ideas, aunque se evite el riesgo y el rigor del platónico sistema, dará testimonio de que la realidad no se agota en la historia ni en el devenir; antes bien el devenir mismo no puede ser pensado sino en función del Ser, porque nada real que efectivamente devenga y se mueva puede ser movido sin ser primero, y, por ello, sin participar, primero, de alguna manera de la eternidad del Ser, al menos, a causa de su relación real con el Inmutable.

H. A. Llambías

(1) Tal como el propio Ortega y Gasset, no nos referimos por cierto, a los dogmas que son objeto de fe sobrenatural; pero pensamos, muestro concepto, no se identifica con las creencias del pensador español, las que se ligan demasiado a su personal sistema raciovitalista; según el cual la realidad primaria no sería ni el ser objetivo ni el yo subjetivo, sino la vida, y ésta, nada sustancial, sino mas bien cierto hacerse, cierto devenir, cierta dinámica estructura, y sus creencias, aquello en que se está y en que se vive.

(2) "No es un concento destinado a

que se vive.

(2) "No es un concepto destinado a "proporcionar a la inteligencia una "aprehensión de la realidad y en consecuencia, mensurable y rectificable por "ella, sino una de esas fórmulas verba-"les que son tanto más perfectas en su "género cuanto más independientes y "alejadas de las cosas, y cuanto más arribitrariamente se imponen a ellas. Es "una de esas fórmulas verbales que el "mundo moderno, como notaba René "Johamet en un reciente artículo, llama "ideas por antifrasis. Para comprender "Vd. su génesis, remóntese hasta la idea "clara de Descartes. De la idea clara pase a la idea fácil, es decir a aquella "que permite el uso más vasto y explica más cosas con menor esfuerzo y "la mayor economia de cogitación. Pase "Vd. de ahí a la idea emotiva, que por "aplicarse a las cosas sin reparar en sus "naturalezas distintivas y por extender-"se simpáticamente sobre todos los dominos del pensamiento no connota sino "un estado afectivo o una actitud práctica del sujeto. Llegará Vd. así, final-"mente, a la idea-mito, que, exhausta "de todo contenido intelectual y destinada sólo a provocar ciertas resonan-"cias rituales en la imaginación y en "el apetito, domina en tal forma el ámbito de la representación y del individuo, que hace vibrar no bien se mun"ciada. Así han nacido esas divinidades "ideológicas, esas seudo-ideas devoradoras "de lo real, cuyo conjunto constituye la "mitología moderna y en cuyo primer "plano brilla la idea del Progreso". J. Maritain Théonas, Cap. VII. Bs. As. 1935. Si quitamos la ironía y la intención peyorativa que el Maritain de Théonas dirige en especial a la moderna idea-mito del Progreso, no deja de ser ésta buena caracterización de idea histórica según la acepción que nosotros le damos en este artículo.

(3) Lo histórico óntico, implicando devenir, en sana metafísica (realista) no

- (3) Lo histórico óntico, implicando devenir, en sana metafísica (realista) no excluye la permanencia del Ser. En lo histórico hay dos caras: el tránsito y caducidad, de un lado; la permanencia y la conservación, del otro.
- (4) No doy al término institución acepción jurídica o política. Pienso por ejemplo que el realismo aristotélico en Filosofía es un instituto histórico que ha perdurado y perdura más que el concreto Liceo que fundara el Filósofo.
- (5) Recordemos las grandes luchas de S. Tomás con los averroístas y con los tardíos platonizantes de su tiempo.

MIRILLA

La bomba atómica se está recorriendo todos los elementos de que disponemos y pomiendo a prueba la capacidad de disparate de las agencias noticiosas. Primero fué en el aire sobre la tierra, luego en el aire sobre el agua, ahora bajo el mar, le falta probar, a la insaciable, el fuego central de la tierra, introducida —y adelantamos la idea— por la boca de algún volcán en descanso que devuelva en hongo de humo la aspirina del átomo desintegrado. ¡Las cosas que hurgaría en las vísceras del paciente planeta! Para esa oportunidad sería bueno disponer de algunas docenas de mandrágoras y de salamandras, animales a quienes remotas tradiciones los señalan comaturalizados con el fuero.

A ocho metros bajo el agua y metida en un cilindro de hormigón armado, recubierta de un armazón de lona para que nadie se entere de su forma o tamaño —sólo sabemos ,a través del comunicado de a bordo del 23 último, que el proyectil era similar a los anteriores pero no tenía cola— a las 8 y 30, hora Bikini, del jueves 25 de julio, explotó la bomba en la laguna del atolón. En nuestra condición de casi antipodas y para dar que hacer a la imaginación de los escolares, señalemos que aquí tuvimos noticia del estallido quince horas antes, es decir, el miércoles a la hora del té.

Todos hemos leído la truculenta descripción de los efectos, bastante más pálidos que los anunciados. Las olas, que según las prediciones, alcanzarían 35 metros no sobrepasaron el metro y medio. De los 75 barcos que poblaban la laguna, a estar a la immediata de-claración oficial de nuestro conocido almirante Blandy, se hundieron sólo un acorazado, el Arkansas, y dos embarcaciones más; el Saratoga se inclinó a estribor y el Nagato escoró. Días después aumentó el número; pero a lo mejor los hundieron con el dedo. Para compensar tan menguado saldo de catástrofe, el optimista almirante agrega que "no existe motivo para dudar de la eficacia de la bomba atómica". Pero todo esto aderezado con descripciones tipo fin de mun-"enormes columnas de agua pulverizada, proyectadas a velocidad inconcebible, precipitándose sobre el mar en millones de esta-lactitas"; "el calor fantástico de la terrible explosión convirtió a la laguna en una verdadera caldera de humo, llamas y vapor que produjo una gran nube atómica; luego surgió otra columna de agua como un geyser colosal" del que después salian círculos concéntricos de una milla de diámetro... y así, y así, columnas y columnas —esta vez— de diarios, toneladas de tinta, derroche de adjetivos. Conocemos la técnica.

Y como no podía menos que ser, los infaltables detalles menores, pero acondicionados al modo de uso o de U. S. A. En lugar de los 3.000 animales que se emplearon en el estallido anterior, esta vez fueron sólo veinte cerdos y doscientas ratas blancas. Nada dice la profusa información de la suerte corrida por ellos ni del motivo de sustituir las cabras por los cerdos. (¿No estará en esto último la mano de la sinagoga?). Pero se-

nala la presencia entre los asistentes del pobre "rey" Judá de Bikini, que asistió con permiso especial de Washington "vistiendo pantalones kaki y zapatos negros con cordones blancos y llevando dos de sus más preciadas posesiones: un peine y una lapicera fuente", según cuenta un telegrama de United Press del 24 último. No debe ser muy lerdo el rey Judá, pues al siguiente día declaró que la bomba produjo "mucho ruido" y que había sido "un lindo espectáculo, pero no tanto...".

Bien por el rey de Bikini. Hay tal desproporción entre el espectáculo dantesco que se ve a través de la mirilla sensacionalista del cable y los resultados destructivos del arma, que la tentación de subestimarlo un poco nos sigue asaltando. Si es mucha la limosna hasta el santo desconfía.

Es que más que de explosión de-biera hablarse de *explotación* de la bomba, en los dos sentidos del verbo pues explota y es explotada; y esto no sólo en modo sensacionalista y no únicamente en cuanto arma, sino en cuanto argumento de equilibrio por un lado y de amenaza política por el otro. El golpe no lo acusan tanto ni los buques hundidos ni los cerdos y ratones agonizantes. Es la propia Rusia que por boca del precoz delegado soviético Gromyko dice en la columna de "La Nación" del 27 que hay que prohibir la producción de estas bombas y "disponer la destrucción de las ya producidas". Nada menos. Y pregunta luego: ¿Por qué las naciones (léase Norteamérica), tienen que estar produciendo montones de armas atómicas, si estamos todos (léase Rusia por ahora) de acuerdo en que esa energía debe ser utilizada sólo en beneficio de la humanidad?". Como comentario de la explotación de la quinta bomba, esto es bien elocuente.

¡Cuántos cabildeos, cuántas pasiones, fricciones y posiciones subyacen en estos curiosos experimentos de desintegración física, tan
consonantes con esta época de disolución social, moral y política!
Pero las "bombas" que produjeron
estas últimas desintegraciones, explotaron y se movieron hace tiempo en el invisible ámbito del espíritu. Los árboles se mueven también a nuestra vista sacudidos por
la no visible fuerza del viento.

Los pensadores de la famosa Enciclopedia —por ejemplo—, piezas de museo que ahora ayudan a conciliar el sueño, desintegraron hace ciento cincuenta años el tejido social. Ante la tremenda presencia de las bombas de Bikini —temidas a través de sus efectos captados por los sentidos— pensemos confiadamente y ¿por qué no? que según van las cosas, tal vez las generaciones del futuro los utilizarán como porrón atómico de agua caliente, otra forma de conciliar el sueño en noches tan crudas como las de este invierno.

CLEMENTE ESPEJO.

EL CASO REYES

Ya estábamos bastante escamados con las cuestiones de privilegio en la Cámara junior. Un señor que no atina a defenderse -sí, es cierto que me echaron, pero no lo dicen por esto, lo dicen por aquello- y otro señor que trata de fulminar con el desacato a quienes lo ponen en descubierto —Ĥans Oliver siempre plantado en la retranca, aunque vengan degollando- son casos como para desvanecer del todo las esperanzas que algún ingenuo podía conservar en la democracia parlamentaria. Pero aparece Don Cipriano -desde los tiempos de Don Porfirio no teníamos un nombre tan entrador y querendón-con su cuestión de privilegio, y reaviva de un golpe nuestro interés, adormecido de esperar en vano que comiencen de una buena vez a cumplirse lo propósitos del mensaje presidencial.

Confesemos que todos —del Presidente para abajo— habíamos subestimado el real valor de Cipriano Reyes. Este antiguo soldado de Franco—¿se confirma o no se confirma?— ha traído un poco de aire y de luz al viciado ambiente parlamentario, donde los emigrados radicales —siguiendo el ejemplo que hace quince años les dieron los conservadores— no respetan en su resentimiento ni a nuestro pobre, calumniado y querido obelisco.

Y mientras el partido del unicato revolucionario continúa su interminable reorganización, se ve claro que han quedado fuera de él los dos solos sectores de la opinión nacional que tienen conciencia revolucionaria: los "laboristas" de ahora y los "nazis" de siempre. Como quien dice, clase dirigente y masa popular.

De todas maneras, y ocurra lo que ocurra, nos atrevemos a vaticinar —parafraseando a Mussolini — que el caso Reyes no ha terminado. Empieza.

Simón Beauregard.

DIARIO DE UN BUZO

Sanno. Escribimos hajo el agua. Esto, nos han dicho, parece achaque survealista. Lo lamentamos, lo ignoramos.

Pero, a la verdad, las ondas con sus venablos de viento corren sohre nuestro sumergido ser, van de caza por el líquido coto, hasta que llegando a la monótona cita de la playa, unas tras otras, desmontan, se apean.

Nosotros, inmersos, vemos todo en perspectiva insólita. Es ver no hondamente sino desde lo hondo, desde un ángulo por donde, en general, las cosas no aguardan la mirada y no ofrecen resistencias miradas simetrias, rasgos, perfiles. Es ver en barroca vertical, sin pedir audiencia a los rostros. Es ver en fluida imagen las formas: la informe tentación de masa de las formas.

Nos hacemos la ilusión de ahondar, bien que seamos nosotros los únicos ahondados. Así nos ocurre como al que mira por las troneses de un sótano el desfile de la calle. Al pronto, con la triunfante avidez del hombre invisible, se divertirá calando con el punzón de su vista las entretelas transeúntes. Mas, en seguida, el curioso impertinente cae en la cuenta de que su indiscreción ha sido relativa.

Porque no se describe el mundo por abajo, desde un sótano. (Y mientras, en los bajos del alma hinca su livido diente la misantro-

Mejor, si, salir al sol del bullicio, andar con los mejores —los iguales— en andanzas de vida ci-

vil, de aventura con norma.

Volvanos, volvamos nosotros al teve paballón de ondas, buzos mal dormidos, sin escafandro, que buceamos al revés no perlas y hechizos entre algas sepultados, sino que, más bonzos que buzos, plácidamente, sin agotar el aliento, atendemos a cuanto por la superficie fassa, brilla y paes.

rasga, brilla y pasa. Negación del que otea, del que administra sus ojos desde cierta al-

Marres. Ha franqueado las puertas de miestro asuátil paradero, un gran formulador de los lugares comures que prosperan. Tiene pusilanimidad de corsa, lo que no le empece dar suelta a un fanatisno de inclinación optimista, que reshala cin sosiego por el tobogán de los juicios convencionales.

Y nos ha hablado de Bolivia. Desde luego, con él hemos coincidide su repetir los lugares comunes necesarios para instalarse en el term.

Esta revolución despide olor a estaño. Son frondas que el estaño, cumo el olifante a los parques del sunsto de flanchs, hace sonoras. Y mines con mal genio magnético. Porque el estaño es transforma en ero. El uro es como la mariposa que vuela del estaño. Y en Bolivia se queda la oruga.

Pero a nuestro huesped, estas po-

bres metáforas le cargaban como si fueran paradojas. Por eso, nos llevó sin demora al terreno de las afirmaciones concretas.

—Claro, se trata de un episodio más de la buena vecindad, el mismo que aquí, distancias guardadas, hubo de suceder el año pasado. Si no que lo digan ciertas perversas nostalgias.

¿Confesaremos que al oirlo tan antimelífico, esta vez le hicimos gracia de displicencias? Porque a no dudarlo: lo peor era que tenía razón.

Ya solos, en el curso del día no hemos podido desentendernos de la terrible proximidad a que se halla de lo nuestro el caso de Bolivia. Por encima de cualquier servidumbre instrumental, de cualquier inmediata relación de causa a efecto, la suerte de aquel país se nos representaba con peligrosa propensión genérica, con trazos de prehistórica estolidez. Estolidez americana para el vivir en sociedad nacional, para lo nacional. Echada

sobre el paisaje de América una flera taciturna asecha la convivencia y el orden. Hasta que todo sea desierto o geografía diseñada por distantes dueños.

A modo de acto de fe nos hemos dicho: aqui también la fiera existe. Pero, como los instintos en la criatura racional, rendida a nuestra libre determinación. Hemos vencido a la naturaleza por gracia de una trayectoria de nación.

¡Mas qué constante alerta, qué incesante empeño así reclama la vida de nación! ¡qué esfuerzo exige el presentar la excepción a la regla! ¡qué pulcra y hermosa debes de ser Nación Argentina, para que se te admire tan singular y distinta, para que sobre tí no prevalezca el oro ni el odio, la intima dislocación!

Macilenta como una furia, ahora Bolivia levanta el puño sobre la altiplanicie de su torso cósmico. Hay que describir lo de Bolivia a la sombra de las cuevas de Altamira. Pero, en lo que al símbolo de primitivismo, atañe, las cuevas de Altamira, las sombrías espeluncas, si se repara bien, reaparecen en sazón de moda universal.

cas, al se repara tien, reaparecen en sazón de moda universal.
¡Levante el puño el bisonte!
¡Arriba el rojo bisonte que pace
por doquier en las praderas, tibias
de rocio y de sol, entre las jóvenes ruinas de la guerra y las vetustas ruinas de los siglos! ¡Suba,
suba a los mayoritarios, gregarios
altares!

Mirroles. Este diario personal se lleva sobre temas muy distantes de la intimidad. Queremos decir mejor, ajenos a los trances intimos. Son temas, al contrario, de la vida exterior que despiertan el interés que los refleja como una fuente que mana, despierta la inspiración, o lo que al pronto de inspiración, se viste, del artista.

Naturalmente un diario semejante, se arrebola —en la ficción no puede menos— con cierto carmin de prosa, si recatada, indiscreta, tal cual sucede también con las memorias y las epistolares expansiones, linajes todos aledaños en las letras. Todos ellos, en efecto, segregan análoga afición al monólogo.

notogo.
¿Cómo, pues, si partimos ya de una ficción, si este no es un diario que se escribe para guardarse, para después, si este diario, no bien se redacta, se publica, se entrega, cómo obviar entonces el escollo del monólogo?

¿Cómo hablar sólo, esto es, sin sentido de la comunicación, ante un auditorio que, por serlo, quiere ver fijos en el los ojos del autor de manera que el diálogo estalle tácito, de manera que el vis a vis cordial se establezca diáfano, elocuente y rotundo?

No acertamos hoy a avanzar la respuesta. Detengamosla. El comedido, en todo caso, será el respetable público. El comedido que
explore, que busque en el monólogo, no la sustancia marchita de
las confesiones, sino la diluida
esencia de los más formales diálogos.

Jueves, "Hay algunos que se entretienen cen las cosas, dice Nietzche, como si fueran policias; otros como confesores; otros como viajeros y curiosos". De estos últimos quisiéramos ser. Diletantes objetivos, literalmente. Y dirigirnos a los cosas sin ningún oficio que nos recomiende, sólo con ánimo y astucia de buenos jugadores. Porque, como el amor, las cosas abruman a quien se acerque a ellas para entretenerse. Antes hay que comenzar por detenerse. Pero detenerse no equivale a prestarles atención simo a entregarles todas nuestras potencias de sujeto, aum a riesgo de extraviar las. Esta es la ley del juego Del juego ardido que confunde lo amado en el amante.

SANSOYO

Conferencia del Dr. Carlos Obligado sobre LEOPOLDO LUGONES, en la Facultad de Filosofia y Letras, el viernes 9 de agosto a las 18 boras.

CONCURRA







PATCO:

REVISTA SEMANAL

Dirección y Administración: Sarmiento 930, 6º piso B

Suscripción anual \$ 15.-Semestral \$ 8.-

Trimestral \$ 5.-Número suelto \$ 0,30

BUENOS AIRES

VIERNES 2 DE AGOSTO DE 1946

Nº. 9